

Las hojas que se desprenden del árbol literario y periódico en la Habana no tienen mérito alguno. Las pocas Revistas que se publican como *El Almendares*, etc., son pobrísimas producciones.

El 25 de febrero de 1855 me decidí á salir de la Habana para emprender un largo viage, y descansar un poco de los trabajos constantes á que me habia entregado durante mi residencia en dicha ciudad. Tomé al efecto mi pasage á bordo del vapor *Isabel*, saqué mi pasaporte, y me embarqué inmediatamente con direccion á Charleston. Mucho sufrí al dejar las hospitalarias playas de Cuba. La Habana me habia servido de paño de lágrimas; habia mitigado mis penas en el destierro.

CAPITULO IV

Adelantos materiales de los Estados Unidos. — Caminos de hierro. — Filadelfia. — Casa de Guillermo Penn. — Nueva York. — Hotel de San Nicolas. — Paseo por Broadway. — Dudas y comparaciones. — Boston. — Ultimos momentos. — M. Prescott. — Embarque para Liverpool.

A los cuatro dias de navegacion llegué á Charleston, despues de haber tocado en Cayo Hueco, y Savannah, pueblos de poca importancia. Aquella ciudad, de bastante comercio, encierra como todas las del Sur, mucho negro, y por lo que respeta á la parte material poco ó nada tiene de particular. Despues de una mansion de pocas horas en el hotel llamado *Mill's House*, tomé el tren del camino

de hierro que va á Wilmington, pues estaba impaciente por llegar á Nueva York.

Iba contentísimo, en medio de una sociedad muy escogida, contemplando á derecha é izquierda los parages que atravesábamos. ¡Qué de llanos! ¡cuántos desiertos! Todo el mundo sabe que en los Estados Unidos mas de las tres cuartas partes del territorio están por desmontar, y que al trazar una via férrea la hacen pasar intencionalmente al través de los desiertos. En Europa, los caminos de hierro los hacen los pueblos; en América, los pueblos se forman y crecen por los caminos de hierro. Abrir vias de comunicacion en medio de desiertos, es fomentar pueblos nuevos, es crear la agricultura y la industria; sembrar la fortuna, ¡difundir la civilizacion! Miéntras mas andábamos mas me convencía de esta verdad; aquí se veía un gran prado, mas allá una casa, especie de cabaña aislada, acullá una villa; segun el porvenir que presentan las localidades. Sin embargo, el bosque siempre se vé á ambos lados; por do quiera reina la calma, la imponente soledad de la naturaleza á pocos pasos de esos lugares donde ya empiezan á divisarse los primeros albores de la civilizacion naciente.

Los Estados Unidos aunque es la nacion que tiene mas líneas de ferro-carriles, no por eso los carros de pasajeros son tan cómodos ni lujosos como los de Europa. Así es, que en lugar de pequeños coches de á seis asientos con famosas poltronas, los que se usan son unas largas banquetas donde generalmente caben setenta personas; en el medio hay un pasage bastante ancho, y á los lados dos hileras de asientos, dispuestos del mismo modo que las lunetas en los teatros. Si se quiere dormir, y el asiento

de enfrente está vacante, se puede voltear el espaldar que es de resorte, y adoptarse la posición horizontal. Nada de puertas á los costados; se entra y sale por las dos que hay hacia los extremos, y que dan á un balconcito circular con su barandita de hierro que permite pasar de un carro á otro. Como se vé, lo que se consulta es la utilidad y mayor espacio. Para el *yankee* la comodidad y el lujo es lo último en que piensa en materia de empresas.

Ya serian como las doce de la noche, hallábame dormido profundamente, cuando de repente me despierto á los gritos de un hombre que con una linternita asida al brazo izquierdo me gritaba: *Your ticket, if you please* (su billete, si Vm. me hace el favor); el cual entregué inmediatamente. Los carros se detenian diez minutos para cenar, y al momento corrí al salon, donde ya estaban todos devorando. Es preciso comer al vapor, y no usar de cumplimiento alguno, pues si no, se queda uno sin nada, tal es la avidez con que todos devoran. Al momento tocaron la campana y salí corriendo con un pedazo de pan en la mano; entregué en la puerta al cobrador mi medio duro, y volví inmediatamente á los carros. A pocas horas cambiamos de carros, y despues de atravesar un rio en un vaporcito que allí nos aguardaba, llegamos á Wilmington. A la mañana siguiente continuamos el viage, y habiendo tomado la llamada *Bay Road*, despues de algunas leguas llegamos á Richmond, en donde fué preciso embarcarnos en otro vapor. En ninguna parte del mundo se ven vapores mas hermosos ni cómodos que los que conducen pasajeros en estas travesías, y en general en los rios de los Estados Unidos. Verdaderos palacios flo-

tantos, tienen varios pisos, y los salones están amueblados con sumo lujo : seda, terciopelos, caobas, embutidos de nacar preciosos, dorados, espejos, pinturas, los caprichos de la arquitectura, hasta el mármol, todo se ostenta de un modo asiático. Despues de doce horas en estos salones, con la ilusion de hallarse el viagero en cualquiera casa privada en reunion, pues jamás se oyen gritos, ni se ven las maniobras ni al capitan, llegamos á Baltimore, uno de los centros mas comerciales de la Union. Sin detenerme tomé inmediatamente el camino de hierro, y á las seis horas estaba en Filadelfia. Parecíame que habia entrado en un gran monasterio religioso, tal era la tranquilidad que reinaba en esta bellísima ciudad, y tal el número de *quakeros* ó tembladores que se ven en la calle. Aunque ya conocia esta ciudad, no quise continuar sin ir á visitar siquiera la antigua casa del célebre Guillermo Penn, el colegio famoso de Girard, el *State House* ó sea Casa de Estado, donde se firmó la declaracion de la Independencia, en *Chesnut street*, y cuyos salones están hoy casi todos ocupados por tribunales y córtes ; allí está conservada con muchísimo cuidado la vieja campana que sirvió para repicar y concitar el pueblo el dia que se leyó la famosa declaracion de la Independencia, una de las piezas mas soberbias y sublimes que han salido de la mente humana. En ella se lee perfectamente esta inscripcion : *Proclama la libertad por toda la tierra, por todos los pueblos*. Expresion sencilla, pero que encierra todos los mas bellos pensamientos.

Los americanos adoran la libertad de corazon, y á las cosas como á los hombres que contribuyeron á sellar su independencia, las veneran, les tributan un culto como

si fueran objetos religiosos. Washington es para ellos un dios; y esa humilde campana á cuyo toque acudieron á oír proclamar sus derechos de hombres libres, es un objeto santo, que cada ciudadano viene á besar y á contemplar como una reliquia, como la trompeta redentora de sus fueros y de sus libertades.

Cuando me hallaba viendo la campana, recordé que catorce años ántes habia estado con mi hermano en ese mismo lugar, conducidos por un *quakero* que nos encontró en la calle; pero entónces en nada me fijaba, era un niño que no comprendia lo que estaba viendo. Los americanos no solo se contentan con venerar sus objetos : se hacen un deber de llevar á los extranjeros para que los admiren.

En librerías, en imprentas, en paseos, y en muchas otras cosas, sobrepuja Filadelfia á las demás ciudades de la Union. La Penitenciaria es el establecimiento único y perfecto que hay en su clase : es el solo lugar donde ha podido conciliarse el ardiente deseo de los moralistas y escritores de derecho penal, á saber, corregir al hombre, mejorándole : se ha resuelto allí este problema del modo mas provechoso y, tal vez ménos duro para la humanidad.

Al dia siguiente de mi llegada volví á emprender marcha para New York, y por la mayor elegancia en los carros y la clase de gente que iba, bien se conocía que nos acercábamos ya á la gran metrópoli del comercio americano. A las cinco horas, despues de habernos detenido en varios pueblos, Elizabethtown, Burlington, Princeton, Trenton, Bordentown, para dejar y tomar pasajeros, llegamos por fin á Nueva York. Antes de salir de los carros

el conductor le pregunta al viajero el nombre del hotel á que quiere ir, y le dá una especie de contraseña, que es un número en una planchita de metal y que llaman *check*; esto es todo lo que hay que hacer y no se tiene mas que entrar en el omnibus del hotel que se encuentra al salir del paradero, y que miles de cocheros lo anuncian con gritos que aturden. Se evitan, pues, dos grandes molestias que se experimentan aun en muchas ciudades de Europa, como son reclamar el equipage, y buscar coche para llevarlo. En ménos de diez minutos llegamos como por el aire á un gran pórtico de mármol: entré, y dirigiéndome, por un gran corredor iluminado por lujosas arañas, á un hermoso mostrador, puse mi nombre y procedencia en un gran libro. Llenada esta formalidad, se me dió el número de las piezas que iba á habitar, y en las cuales, valiéndome de un *steward* como guía, me instalé despues de atravesar multitud de corredores, y subir escaleras alfombradas del modo mas elegante. Todo como deslumbrado y aturdido, penetré en un hermoso salon, y allí encontré mi equipage que estaba, como quien dijera, esperándome. Serian las once de la noche, estaba fatigado, y me acosté. Al tenderme en un blando lecho, y al arroparme con aquellas colchas lujosísimas, no pude ménos de arrojar una mirada en torno á las techumbres doradas y exclamarme: ¿Dónde estoy? — ¡Ah! habia llegado á Nueva York, estaba en *San Nicolas*, el primer hotel del mundo.

No es ponderacion, el hotel *San Nicolas* es el primero del mundo. En tamaño, en lujo, en comodidades, en primores, no hay nada que pueda comparársele en Europa; es un verdadero palacio encantado, es una

ciudad. Toca con la vara de la fortuna, y sereis servido; pedid cuanto la imaginacion mas caprichosa pueda desear en materia de *comfort*, y al momento, por vapor lo tendreis mejor de lo que deseabais. Ocupando casi una manzana el edificio, fácilmente puede contener en su interior tres mil personas. Tiene cinco pisos de alto, y los corredores son tan largos que casi no se distinguen los objetos de un extremo á otro. Al entrar, á mano derecha, está la peluquería y barbería, el famoso *Phillon*. Este es un salon precioso, enteramente á la oriental, y se nota siempre un movimiento extraordinario. Nunca faltan veinte ó treinta personas acicalándose; despues á mano izquierda está un departamento que corresponde á la portería. En lugar de los palurdos y viejos porteros de los países españoles, y de los charlatanes pipelés que despotizan en Paris á los pobres inquilinos, allí se encuentra un jóven atento y elegante, que coloca las llaves en sus respectivas casillas; que entrega y toma las cartas para el correo; que le dá á uno cuanto informe le pide; que responde á cuanta pregunta se le dirige; en fin, es el empleado mas útil, y con quien debe hacerse amigo el viajero. Sobre su mostrador se encuentran siempre plumas, papel, obleas, y sobre todo el directorio comercial de donde se sacan muchos datos. En frente está la *oficina*, con tres ó cuatro dependientes que llevan la contabilidad é inscriben los nombres de los que van llegando. En este punto casi siempre están los hijos del dueño de casa ó algun sócio; los libros que se llevan, no son ménos ni menores que los de la casa de comercio de *Baring* en Lóndres. A un lado está un cuartito, sencillamente amueblado, con una magnífica

pintura de la cascada del Niagara : es el gabinete particular del director. En la extremidad y frente á la puerta ó entrada de hombres, pues para las señoras hay otra, se halla el departamento mas esencial para el americano : el cuarto *sui generis* denominado *bar-room*. Un hotel *keeper* que no tuviera esta pieza ¡ay de su empresa! que de seguro fracasaria : es una gran sala en San Nicolas, con su piso de mármol, llena de espejos y dorados con sus mesas á estilo de café, y con su pequeña biblioteca. A un lado tiene un inmenso mostrador ; y allí se expende toda clase de bebidas perfectamente preparadas. Los americanos son hábiles en esto, y tienen muchas originales : un *grog* con *gin*, *cock tail* ; en ninguna parte se toma un *drinquis* mas sabroso. El *bar-room* es el cuarto mas *democrático* : allí se permite hablar alto, fumar y mascar tabaco. Antes del salon de recibimiento, cuyas ventanas dan á *Broadway*, está el *reading-room*, ó cuarto de lectura donde se encuentran toda especie de periódicos ; allí tambien hay á los lados mesitas con sus recados de escribir.

En el segundo piso están los aposentos mas hermosos : allí se halla el suntuoso, *bridal's room*, habitacion de novios : es una serie de cuartos amueblados con un lujo asiático, difícil de describir : es una cosa oriental, una mansion del placer. Allí en medio de las ricas sederias de Leon, y de las telas preciosas de la India, entre pasamanería y gobelinos, espejos y muebles caprichosos, se pasan los primeros dias del matrimonio. Todo respira deleite ; hasta la atmósfera parece embalsamada por el amor ; los mismos muebles parecen despedir caricias. ¡ Cuántas *lunas de miel* se habrán pasado en

estos salones ! ¡ Pero cuán caras han debido costar ! y qué amargas han debido parecer cuando llega el cuarto de hora de Rabelais : ¡ doscientos duros por día !...

Los americanos en sus salones no gastan en general mucho lujo ; pero cuando se proponen hacer algo grande, se muestran mas espléndidos que un bajá.

En este mismo piso está una librería y un vendedor de periódicos : al pasar para ir al comedor cada persona compra su diario, pues el americano primero se priva al sentarse á la mesa de servilleta, que de su *Herald* ó de su *Inquirier*.

En el tercer piso están los salones que sirven de comedores. Excusado es decir que allí se hallan los manjares mas ricos, servidos por criados vestidos con la mayor elegancia. Todo marcha con el mayor orden y actividad ; á señales dadas y uniformes, se ponen y despejan cinco ó seis veces las mesas como por encanto. Es sorprendente ver aquellos batallones de *waiters* que parecen unos verdaderos *gentlemen* : con qué gusto tan admirable sirven, y como obedecen como militares á la voz del jefe. En ninguna parte se presenta un golpe de vista igual al que presentan estos salones, que en materia de lujo y aseo, pueden compararse con los de los reyes.

Hay en el hotel famosos billares, baños de todas clases ; mientras el recién llegado se baña, le lavan y aplanchan la ropa, y cuando entra á su cuarto la encuentra lista, y tan blanca que parece de nieve. Todo marcha al vapor, y si se quiere despachar los negocios sin salir á la calle, se puede muy bien hacer, pues hay telégrafo en el hotel. En fin, se ha proporcionado cuanto pueda necesitar el viajero, y sobre todo el

comerciante. Se valua el costo de este hotel un millon y medio de pesos.

San Nicolas solo tiene rival en el *Metropolitan* y *Astor House*. El *Irving House*, el *Prescott*, *New York Hotel Delmónico*, etc., pertenecen ya al número de los de segundo orden. ¿Por qué razon han superado los americanos en este ramo á todas las demás naciones? Por la sencilla y clara, que en los Estados Unidos viajar es una cosa seria; es un negocio diario, un acto indispensable de la vida. Hombres, mugeres, viejos, niños, todo el mundo varía de lugar; es el pueblo mas ambulante de la tierra. Son avejas que zumban por todas partes, y que no tienen tiempo para edificar su colmena. Los especuladores, pues, han explotado esta manía de locomocion haciendo hoteles que reemplacen enteramente el hogar doméstico.

Hé vuelto á la gran ciudad de Nueva York, á la mas rica, opulenta y hermosa ciudad de América. Las impresiones que experimenté al pisar de nuevo este bello suelo, fueron tan vivas como gratas é hicieron retroceder mi existencia á la edad feliz: siendo muy niño yo habia recibido mi primera educacion en el seno de esta ciudad, y al volver al cabo de quince años, se agolparon á la imaginacion tantos y variados recuerdos que mis primeros momentos estuvieron mezclados de pena; fué un conjunto de placer y de melancolía. Las primeras impresiones de la niñez no se borran nunca cuando están grabadas indeleblemente en el corazon con el buril del reconocimiento y de la gratitud.

Pero en un país como los Estados Unidos en que se progresa extraordinariamente todos los dias; en que se

tocan, se palpan materialmente los adelantos de toda clase; en que todo prospera con la velocidad del vapor y la rapidez del telégrafo; en que de un momento á otro se forman pueblos, se levantan y crecen las ciudades, ¿cuántas novedades no encontraría yo en Nueva York después de un trascurso tan largo? Multitud innumerable, y puedo decir que era otra ciudad muy distinta de la que había dejado en 1842.

No bien hube almorzado y preparádome convenientemente, que desesperado por salir á ver la gran ciudad, á llenarme de emociones, hechéme á rodar por ese océano inmenso de Broadway, impelido por aquellas olas de paseantes que baten á todas horas las aceras de esta bulliciosa cuanto espléndida calle. ¡Qué de establecimientos nuevos! ¡Qué lujo en los almacenes! ¡Cuánta elegancia en las tiendas! ¡Cuánta preciosidad ostentándose entre los inmensos espejos y vidrieras! A pocos pasos de San Nicolas se ha abierto el restaurante de Taylor, que en riqueza y lujo no hay en Europa otro que le aventaje. Lo particular en Broadway, lo hermoso y admirable es que no es solo un ameno paseo donde la vista se recrea con la concurrencia y las bellezas de los establecimientos; sino que siendo esta calle la grande arteria comercial por donde pasa todo lo que se desembarca para el centro de la ciudad, hay un movimiento de carruages, omnibus, carretas, etc., que no tiene igual en el mundo. Ni los *boulevards* de Paris, ni la calle del Regente en Lóndres, pueden dar una idea de lo que es el mare magnum de Broadway.

Al pasar por el palacio de granito donde está el hotel llamado *Astor House* no pude ménos de recordar que ántes era este el primer hotel de América, y que hoy,

ya se encuentra en el número de los de segundo orden.

Entre las obras nuevas que se han hecho despues que salí en 1842 figuran las hermosas fuentes que hay frente al *City Hall* y en *Hudson Square*, alimentadas con el agua del *Croton River*. Los trabajos y costos que han tenido que hacerse para traer el agua desde una distancia de catorce leguas, son ingentes; tiene acueductos que apénas los de la antigua Roma pueden comparárseles. En mas de quince millones de pesos fuertes se valuan los gastos hechos hasta hoy en la construccion de estas obras; que desde luego reportan grandes ventajas á la ciudad. Los americanos no construyen á la Luis XIV, fuentes que cuestan millones por puro placer; nada de eso, lo primero que consultan en todo es la utilidad y el bien comun. Con la traída de las aguas del Croton la salubridad pública ha ganado muchísimo, pues el agua es muy buena de beber, y procura mucho mas aseo que ántes. Ahora no solo se ha adornado la ciudad con esas fuentes que despiden el agua á una altura de mas de treinta piés, sino que todas las casas de los particulares tienen agua en abundancia y hay personas que no solo la tienen en todas las piezas de la casa, sino en preciosas fuentes con que riegan los jardines.

Prosiguiendo mi paseo pasé por frente al museo de *Barnum*, donde casi siempre está el edificio lleno de banderas, y resonando con los acordes de una orquesta. Este museo encierra mil curiosidades, pues *M. Barnum*, el *príncipe del Humbug* ó del charlatanismo como se le conoce en el mundo, casi siempre exhibe en sus salones alguna curiosidad. A la sazón se exponía al público una hermosa muchacha suiza, que tenia la cara adornada

con una enorme barba al abencerrage, que ya quisiera yo dar á mas de cuatro jóvenes. No quise pasar adelante sin entrar á ver este fenómeno; pagué pues mi *shilling* de entrada y subí. Efectivamente sobre un mostrador la muger estaba sentada muy oronda, vestida de un traje de seda muy elegante, teniendo en sus rodillas una criaturita que decia ser hijo suyo y quien participaba tambien de la propiedad de la madre, estando ya todo cubierto de vello. En torno de este grupo estaba una porcion de visitantes como yo, contemplando con la boca abierta este prodigio barbudo de la naturaleza. Tanta era la barba que tenia esta pobre muger, que me quedé dudando de su sexo, y temiendo que M. Barnum llevara su espíritu de especulacion y *humbug* hasta el punto de darnos gato por liebre. Sin embargo, de repente se inclinó hácia el suelo, y como estaba descotada, vine á salir de mis dudas divisando á lo léjos, en el *seno* de esta reunion, dos puntos suspensivos..... Viendo la barbuda que yo estaba meditabundo y con los ojos fijos, malició que dudaba, y me decia con un aire de resolucion: *Pull here, do pull it hard!* Es decir, que le jalara la barba que me mostraba.

Al salir del museo, y frente á Wall street se levanta una hermosa iglesia que yo no conocia, y que se llama la *Trinidad*. Es un templo protestante magnífico, todo de piedra, y cuyas tórres tienen mas de doscientos noventa y dos piés de alto. El estilo de arquitectura es bellísimo, mezcla de gótico y dórico, es un edificio imponente y á la vez un adorno para Broadway. Absorto estaba contemplando la iglesia cuando un empujon de un pasante me vino á hacer caer en cuenta de que en estos puntos no debe uno pararse. En Broadway y calle de Wall no se

puede uno detener, el *flâneur* no puede ejercer su profesion sin perjuicio de su personalidad. Todo es movimiento, agitacion, vida. El *tiempo vale dinero*, esta es la máxima americana; y en el centro comercial nadie se detiene, no se habla mas que de asuntos, negocios, *business*, y nada mas; pero con un afan que parece que se ahogan, que quieren anteponerse á todo el mundo, que se acaba el dia. Al rededor de Wall street están los principales bancos, la aduana, el *exchange*, las casas de seguros, en fin, es el foco comercial. Ya no andan, no caminan los comerciantes, sino que corren desesperados por esta calle para hacer todo aprisa. « ¿A cómo está el algodón? — ¿Llegó el vapor? — ¿Se sostienen los fondos? — ¿A cómo está el cambio? — Diez y siete octavos. » Tales son las frases únicas que se oyen en este punto; el que se ponga á preguntar otra cosa se expone á que no le contesten.

Tan cierto es esto, que en dias pasados se encontraron un comerciante y un andaluz, y que habiendo preguntado el primero al segundo si iba á la Exposicion de Paris, el andaluz entró en mil digresiones, y se puso á manifestarle en largas frases que no iría por la razon de que su padre, aunque Dios le habia dotado de un gran *fondo* de amabilidad, y de bondad grandísimo, no podia contar con recursos para facilitarle el viage. El *yankee* fastidiado de la charla, y desazonado por despedirse, le interrumpió á media palabra, y despidiéndose con afan le contestó : « Venda Vm. esos *fondos*, négócielos aunque sea con descuento y vaya á la Exposicion. » Y diciéndole esto, le apretó la mano y *good bye!* abur! Creyó sin duda que la *amabilidad* y *bondad* serian algunas sociedades anónimas.

Antes de llegar al lindo parque de la Batería, que está á la extremidad de Broadway, observé una cosa que tampoco existía en 1842 ; hablo de los postes, y alambres que atraviesan la calle en todos sentidos para las comunicaciones por telégrafo eléctrico. El pueblo que marcha á la vanguardia del comercio, el pueblo que desde que raya la aurora, ya se halla devorado por el deseo de dominar el tiempo y el espacio, el pueblo que quisiera saber primero que nadie cuanto pasa en las regiones mas remotas del mundo, el pueblo que posee hoy mas caminos de hierro y buques de vapor ; este pueblo repetimos, no podia ménos que acoger con júbilo el descubrimiento del telégrafo, que haciendo desaparecer las distancias, iba á poner los pueblos en contacto y á recorrer los espacios con la velocidad del relámpago. Así es que, al momento se puso en planta, y hoy se halla cruzado todo el territorio con miles de miles de líneas telegráficas. Los Estados Unidos tienen por sí solos mas extension de millas telegráficas que toda Europa.

Y no es esto solo, sino que se ha perfeccionado en la práctica, y hoy dia el telégrafo que mas se usa es el inventado por M. Morse, el cual tiene la ventaja de imprimir el parte en el momento que se transmite. Los americanos se comunican hoy de un extremo á otro de la Union con la rapidez del pensamiento ; pronto llevarán el telégrafo hasta San Francisco en California, y ya se habla de un proyecto para llevarlo á Europa, por Halifax hasta Galway en Irlanda. En horas, pues, pondrán en contacto el mundo y sus extremos opuestos ; difundiendo así las luces y el comercio, la riqueza y la civilizacion. Y no se crea que es imposible : para el

americano no hay obstáculos; con su arrojo y perseverancia; con su *go ahead principle* por divisa, hace prodigios, y para él ya debe suprimirse del diccionario la palabra *difícil*. Con su fuerza puede mucho; tiene fuerza porque tiene union; crea maravillas y hace portentos en el orden industrial, porque tiene una constancia tan gigantesca como los proyectos que concibe.

Mas no es tan solo en el orden material que sorprenden los adelantos de este gran pueblo: en el orden político y en el moral pasma el contemplar los resultados que han producido las benéficas instituciones de que gozan los americanos. Desde que se entra por las hermosas bahías, desde el instante en que se pone el pié en este dichoso suelo se conoce que se está en la tierra clásica de la libertad. ¡Qué placer en no verse rodeado el viajero de empleados del resguardo, en no tener que andar con las bromas de los pasaportes, con las papeletas de desembarco, con los permisos, con los partes á la policía; en no ver gendarmes, en no tener que avisar á comisarios ni celadores, que se va á habitar á tal ó cual parte! Desde que se penetra en la ciudad, se respira el ambiente embalsamado de la libertad. En esta tierra predilecta á nadie se teme, á nadie se pone trabas, ni se le siguen los pasos; á todos se les abren los brazos para recibirlos. El gobierno de la Union no tiene para que valerse de los ardides del absolutismo, reposa su fuerza en la voluntad del pueblo, en la opinion moral de los ciudadanos, y no necesita de ejércitos de espías, de cañones, ni de bayonetas.

Esta dicha de que goza el pueblo americano, no hay duda que es el efecto del buen sistema de gobierno, de las instituciones republicanas. ¿Pero depende solo de

esto? ¿No hay circunstancias particulares que favorecen la Union? ¿Cómo es que los pueblos del continente, que gozan de instituciones análogas, en lugar de seguir las mismas huellas, no hacen mas que retrogradar, que consumirse en las llamas de las disensiones civiles?

Hé aquí dudas que asaltan á cualquiera : comparaciones que no carecen de interés, para el curioso observador de la marcha de las sociedades.

Desde luego, para que en diferentes países se obtengan iguales efectos, preciso es que procedan de idénticas causas, y hé aquí precisamente lo que no sucede en las demagogias y en las repúblicas militares de la América española, comparadas con la gran democracia norte americana. Precisamente, todo lo que ha contribuido á cimentar la república en esta última tierra, no existe en la primera, ó produce resultados diferentes.

Los Estados Unidos deben en gran parte la consolidacion de la república á las virtudes de sus fundadores, á las costumbres y principios de sus moradores. La otra América debe su constante licencia y anarquía á los vicios de algunos militares ambiciosos que quedaron de la independencia; á los hábitos que legaran los españoles á los apáticos habitantes.

¿En qué consiste esto? Segunda duda que trataremos de resolver en breves palabras.

Sabido es quē la Inglaterra ha sido el modelo de las metrópolis: á sus colonias siempre las gobernó con las armas de la justicia y de la razon, con la benevolencia de una madre. Poseyendo un gobierno que, aunque monárquico en el nombre, en el fondo no es otra cosa sino una república, la expresion mas completa del sistema repre-

sentativo; las colonias eran regidas por las mismas leyes que garantizaban al americano sus derechos, y le concedian una gran suma de libertad. Los Estados Unidos eran, aunque parezca una paradoja, ántes de la revolucion, una colonia libre é independiente; las secciones diferentes en que se dividian tenian intereses distintos, lo que era una garantía para la validez de sus derechos; casi eran los mismos que existen hoy, es decir, el espíritu de las municipalidades dominaba en ellos á un grado extraordinario; la democracia era la base en que se apoyaban, y la prosperidad reinaba en todas las clases de la sociedad. ¿Qué mas querian? Nada, y así es que cuando se empezó la guerra por una ligera cuestion de contribuciones no fué mas que por un exceso de amor propio, no por mejorar de condicion social ni política. Consumada esta, la nacion siguió magestuosamente su marcha perfeccionando las instituciones para que fueron educados los americanos.

No así en nuestra América. Cuando se rompieron las cadenas de la esclavitud, no se supo bien como tejer las guirnaldas de la libertad. Aquellos pueblos no tuvieron despues de proclamada la independencia, ni uno solo de los elementos que se necesitan para el desarrollo de las condiciones de vida y estabilidad del principio democrático. En lugar del espíritu religioso, de los principios de moral, del amor al progreso, de la enérgica voluntad y demás cualidades de los primeros pobladores del Norte, solo tenian ignorancia y fanatismo: ¡ frailes y militares! Casi todas las grandes cabezas de los varones y mártires de la independencia, como Bolívar, Córdas, Camilo Torres, Sucre, Cabales, Camachos, etc., perecieron ántes de

consolidar con su ciencia la grande obra que principió su patriotismo.

Otras de las causas de la grandeza de los Estados Unidos, son la calma fria de la razon que los hace estar siempre observando los derechos y deberes recíprocos; el amor del orden material y la práctica del orden en las ideas; una fidelidad estricta al cumplimiento de la ley; un patriotismo á toda prueba que hace nacer los sentimientos mas nobles, sacrificar el interés personal al general que es la primera y mas difícil de las virtudes del republicano.

En el Norte, se honra, se enaltece el trabajo; es objeto de una consagracion especial; solo por él se llega á obtener los puestos públicos: el mérito es lo que triunfa siempre.

En el Sur, se deprime, se desprecia el trabajo; por él nada se logra; no se aspira mas que á empleos, á vivir del erario público: la audacia es la que predomina las mas veces; la intriga y adulacion no pocas.

En el Norte, nadie piensa en política sino en la víspera de elecciones; nombrado el presidente se acaban las luchas; todo el mundo á sus faenas, y se hace un deber en sostener al candidato nombrado.

En el Sur, todos se ocupan incesantemente en la política, de donde resulta la escases de hombres competentes y la abundancia de medianías, la inestabilidad en las carreras, y la constancia de los pretendientes; los servicios prestados no son derechos adquiridos, sino obligaciones contraídas; no se buscan los hombres para los empleos, sino los empleos para los hombres; los mas meritorios se ven postergados, los mas solicitantes pre-

feridos. A cada eleccion de presidente se presenta la jauría de partidarios, y si se quedan sin empleo se reunen á sus adversarios de la víspera para hacer al dia siguiente la guerra á la nueva administracion hasta que concluye su período.

En el Norte, el progreso moral precede siempre al material, y es hijo de la razon y del derecho; las ideas sociales, las cuestiones que interesan á la humanidad se acogen, se discuten, y no se ponen en planta si violan alguna ley sagrada, ó hasta que se maduran bien y se palpan sus bondades.

En el Sur, el progreso consiste en adoptar los delirios, las utopias que germinan en Francia. Por el flujo de novelerias, todas las ideas abortan; se conculcan los mas caros derechos; se rompen todos los lazos sociales. Por querer progresar sin juicio, se empuja al país á precipicios, y para marchar adelante, es preciso siempre retrogradar.

En el Norte, en fin, el gobierno no solo dá seguridad y proteccion al ciudadano, sino que le dá instruccion. Convencidos los americanos de que la democracia no se ha hecho para pueblos ignorantes, que su base es la instruccion popular, han llevado esta á un extremo superlativo. Se ha sentado por axioma que cada Estado debe educar gratuitamente á sus ciudadanos, y este principio se ha infiltrado en las costumbres. En ningun país del mundo se ha difundido tanto la enseñanza, particularmente la primaria, que es el *pan moral* del pueblo en una democracia; hasta *escuelas dominicales* se han creado para los obreros que no pueden abandonar sus quehaceres durante los dias de la semana, y en estos campos en que se educa al hombre no se le enseñan me-

ramente los rudimentos, sino que se les explican sus derechos y deberes hácia la sociedad y el gobierno.

En el Sur, nada de esto sucede; el gobierno apenas presta una ligera cooperacion; los pueblos pequeños sumidos en la miseria, sin rentas para sostener escuelas públicas, la juventud vegeta en la ignorancia mas crasa. De aquí proviene, que aunque las instituciones son liberales; jamás se gozará de verdadera libertad en estas comarcas, y bambolearán sobre sus bases. La generalidad ignorando sus derechos y deberes, ni cumple con unos, ni hace efectivos los otros; abdica el ejercicio de los primeros ó se forma una idea exagerada de ellos dando nacimiento á dos clases: los egoistas y los facciosos.

En solo el Estado de Nueva York se cuentan veinte y cinco mil escuelas, frecuentadas por mas de ochocientos mil discípulos.

Las tres repúblicas que formaban la antigua Colombia acaso no cuenten este número, todas juntas. ¡Y no es esto lo peor, sino que las ignorantes masas se dejan seducir por cualquier aventurero que las halaga con palabras mágicas que no comprenden, y que las convierten en pedestales para subir á los puestos que ambicionan; así adoptan unas ideas como otras, y siguen la bandera de los mas audaces!

Despues de visitar á mis antiguos amigos y condiscípulos; despues de pasear por la quinta Avenida y demás calles, mansion del opulento neo-yorkino; despues de pasar largas horas en la magnífica librería de Apleton y compañía; despues de algunos paseos por el *Brodway-Est* en los curiosos *stages* ó sea omnibus inmensos tirados por caballos sobre carriles de hierro; despues de

disfrutar de una deliciosa *soirée* en el teatro de Niblos, y otra en el magnífico teatro de la Academia donde se daban funciones de ópera; despues de pasar una tarde en los *Cinco puntos*, especie de *cité* donde habitan los infelices; despues de ver el palacio de Cristal en *Reservoir Square*; despues de todo esto, fuéme preciso partir para Boston donde debia embarcarme en el vapor *Canada* de la línea de Cunard para Liverpool. Apénas empezaba á saborear los placeres de Nueva York cuando me fué preciso abandonar esta linda ciudad. Del hotel entré en el coche que me condujo al paradero en la calle de Canal. Serian las cuatro de la tarde cuando partimos, y poco despues de media noche llegamos á Boston, habiendo recorrido mas de doscientas treinta millas, pasando por New-Haven, Hartford, Springfield y Worcester. Esto es lo que se llama viajar por vapor.

Muy tranquilamente me instalé apénas llegué en el hotel de Fremont, que, sea dicho de paso, es muy bueno y el mas antiguo de los Estados Unidos. Debia pasar el resto de la noche en él, y muy temprano embarcarme, estando anunciada la partida á las ocho de la mañana. Mas cuando ya me preparaba para pagar mi cuenta y marchar, sucede que entra un hombre á avisar que se habia descompuesto una pieza de la máquina del vapor y que no saldría hasta no componerla, que seria obra lo ménos de dos dias. Al principio recibí esta noticia con sumo desagrado por el chasco sufrido; pero luego me alegré de un incidente que me proporcionaba la ocasion de conocer bien una de las primeras ciudades, la *Aténas* de los Estados Unidos. No hay bien que por mal no venga, como dice el adagio.

Situada la ciudad de Boston en una deliciosa colina rodeada de lomas y pueblos, á primera vista sorprende, y se necesita algun tiempo para comprender su posición. La parte material varía mucho de las demás ciudades de la Union : casi no hay casas de madera, sustituidas por magníficos edificios de piedra y granito ; las calles son muy aseadas, y todo revela una ciudad rica y floreciente. Es la ciudad que tiene un aspecto mas europeo de todas las de los Estados Unidos.

Es además la ciudad de los recuerdos históricos de la Union, y así es que mi primer empeño fué visitar los sitios y monumentos famosos de la revolucion. Estuve, pues, en la antigua casa de la Asamblea donde se reunió el pueblo en marzo de 1770 para protestar contra las medidas que él creía inconvenientes ; en el *Faneuil Hall*, edificio de ladrillo, cerca del mercado, donde tuvieron sus sesiones los « Hijos de la libertad, » los giron-dinos americanos, y por último visité el sitio donde se dió el 17 de junio de 1775 la famosa batalla de *Bunker Hill*, y donde se levanta para conmemorarla un grandioso monumento que lleva el mismo nombre. Consiste en un obelisco de granito que tiene de altura doscientos veinte y uno piés, y una base cuadrada de treinta ; sencillo como el carácter de los primitivos puritanos ; grande como sus ideas, como los hechos que recuerda. Cuando lo contemplaba me parecía mas bello que el obelisco de Luxor de Paris ; porque este es un mero adorno en la plaza de la Concordia, y el de *Bunker Hill*, un monumento, una historia en el suelo de la libertad.

En las cercanías ó barriadas de Boston se hallan los pueblos de Charleston y Cambridge : el primero es cé-

lebre por la universidad de Harvard, que data desde 1638, y hoy día la primera de los Estados Unidos; el segundo es afamado por tener la casa en que habitara Washington cuando vino, en julio de 1775, á tomar el mando de las tropas. Ni una, ni otra cosa podía yo quedarme sin ver. Esta última, de sencilla construccion, por el estilo griego con sus barandas á los lados y sus pilares labrados, presenta una vista muy interesante. La mansion del gran ciudadano es hoy la habitacion de M. H. W. Longfellow, literato de nota. Las piezas de la casa, los antiguos muebles, todo parece adecuado al carácter de los personajes que la habitaron: todo habla á la imaginacion, y allí do ántes se vieran á cada paso los laureles de Marte, apénas se encuentran hoy algunas hojas de las guirnaldas de Minerva; algunos recuerdos de lo que fuera en los pasados tiempos. En los jardines y los parques parece que nadie ha puesto su planta temiendo borrar las huellas del héroe. Los magestuosos álamos que cuentan mas de un siglo, levantan sus hermosas copas, y extendiendo sus ramas sobre el tejado de la casa la dán un aire de melancolía y de poesía. Fué á la sombra de uno de estos árboles llamado *álamo de Washington*, punto céntrico en que se cruzan los caminos, dónde Washington desenvainó la espada, y se proclamó gefe de los ejércitos de la independencia. Parece que temia aterrorizar á los enemigos con el brillo de su espada: hasta en esto fué modesto desenvainando á la sombra de unas coposas ramas esa misma espada que cortara de raiz todo lazo con la madre patria.

Visité en seguida el establecimiento de *Perkins*, ó sea

el asilo para los ciegos, que es un modelo en su clase. Mucho me admiró una preciosa criatura llamada Laura Bridgeman, y el modo como leía con el simple tacto de los dedos. Habia tambien un ciego francés que adivinaba las edades de los visitantes solo por el simple sonido de las voces, cosa realmente admirable. Estuve igualmente en el Museo, que apenas merece este nombre; pues contiene pocas curiosidades, y en el Ateneo y librería mercantil, que contiene mas de cincuenta mil volúmenes. El director me dijo que esta librería se habia comprado en doscientos sesenta mil pesos legados por un bostonés con objeto de que allí se dieran lecciones al pueblo en las ciencias, artes, y se le explicaran las doctrinas religiosas. « Todo el mundo lee aquí, me decia él; se necesitan muchos libros. » Pueblos de esta clase no pueden ménos que prosperar; con masas ilustradas la civilizacion no perecerá nunca.

Habiendo sabido que M. Prescott, el sabio historiador americano, se hallaba en Boston, tuve el atrevimiento de escribirle una esquelita manifestándole que un extranjero deseaba tener el honor de conocerle. En Francia habia hecho esto mismo con Lamennais, Lamartine y otras notabilidades, y bien me parecía que esta costumbre no sería desaprobada en el país de la libertad. Efectivamente, á pocos momentos recibí la respuesta mas amable y cumplida que se puede dar, y en la cual me decia que á cualquiera hora tendria gusto en verme. No teniendo tiempo que perder fuí á poco rato, y tuve una entrevista muy grata con el grande historiador. Sus maneras corresponden enteramente al talento que revela en sus obras, y es tan cumplido caballero, como distinguido

escritor. En pocos momentos hablamos de las obras de Fenimore Cooper, el célebre novelista, de Washington Irving, de Paulding el original, de la sentida y melíflua escritora miss Sedgwick, y de la afamada misis Stove, cuyo nombre ha adquirido una reputacion europea. Del *Ultimo de los mohicanos*, fuímos á parar á la *Cabaña del tío Tom* : yo estaba embelesado oyendo la opinion y juicio que de los modernos literatos formaba tan competente juez y cofrade. Luego, variando de conversacion, me preguntó de qué país era.

« ¡ Ah ! ¿ Conque Vm. es de Nueva Granada ; hermoso país, no es verdad ?

Hablamos un poco de las costumbres de Nueva Granada, sobre las cuales me interrogaba con interés y curiosidad. Al dirigirme la palabra, la sonrisa magistral se desprendía de sus lábios.

Un aviso anunciando la inmediata salida del vapor fué la señal que rompió la conversacion ; un apretón de la mano del primer literato de los Estados Unidos fué mi último placer, mi postrera impresion al despedirme de la América.

Era una mañana fría, nebulosa, el cielo estaba encapotado ; la nieve cubria todas las calles de Boston, cuando me embarqué en el *Canada*. Ya estaba el vapor lleno de equipages, cajas con la correspondencia, y multitud de pasajeros. Pronto sonó la campana, las ruedas empezaron á moverse, los oficiales ocuparon sus respectivos puestos... partímos. A pocos momentos ya no veíamos mas que costas, y allá á lo léjos todavía se alcanzaban á distinguir algunos edificios y grupos de personas que sacudiendo el pañuelo y los sombreros en el aire se des-

pedían de sus amigos. ¡Ay! ninguno de ellos se dirigía á mí; yo no tenía nadie que se doliera, ni un corazón que sufriera con mi ausencia, ni un amigo que vertiera una lágrima siquiera al verme alejar de aquellas costas!

Desde el instante en que pongo el pié en un buque, me preparo á sufrir, á pasar una serie de días entregado al aburrimiento. Nada más monótono para mí que esa eterna vista de agua y cielo; que eso de hacer día tras día siempre la misma cosa. Confieso que no nací para el mar; me gusta contemplar este elemento, pero desde una buena azotea repantigado en mi muelle poltrona, con un buen libro en la mano, rodeado de amigos, y respirando el ambiente de las flores. ¡Tierra! tierra! esto es lo que se hizo para el hombre; su natural elemento donde se goza con los sentidos, con el corazón, con el entendimiento. El marinero no vive. Lo primero que hice, pues, al hallarme á bordo, fué bajar á echar una ojeada á la posada; á esa especie de ataud ó camarote donde tuviera que pasar mis doce días por lo ménos. Por fortuna era este de los mejores del buque; coloqué mi saco de noche sobre la cama, y salí corriendo, ántes que me mareara, á visitar los demás aposentos del hotel flotante.

Estos vapores correos, aunque no tan lujosos como los de línea americana de M. Collins, son mucho mejores que los de las Indias occidentales que parten de Southampton, y sobre todo están mandados por capitanes muy entendidos, y la maquinaria es magnífica. Esto último fué lo que á mí me hizo preferirla, pues la reciente catástrofe del vapor *Arctic* que llenó de luto á más de medio Nueva York, estaba muy presente en mi ima-

ginacion. No quiero encontrar por tumba el seno del Océano; prefiero que la tierra me sea *lijera*.

No entraré á explicar la disposicion del vapor, que con cortas diferencias todos se parecen. Lo que siempre me ha sorprendido, y en esta ocasion mas que en ninguna otra, es la disciplina, el órden que reina en todo. Todas las observaciones astronómicas, arreglo de relojes, cambio de oficiales, órdenes á los marineros, todo esto se hace con una precision y un silencio como en un buque de guerra. Creeríase que nadie manda, y es admirable como se ha llegado á gobernar una de estas soberbias moles, conteniendo una poblacion entera sin el menor embarazo, por medio de tiritas de papel que comunican las órdenes.

Otra cosa que sorprende es el número y regularidad de las comidas, sobre todo á los hispano-americanos que generalmente no hacemos mas que dos comidas al dia. Llueva ó truene, en calma ó en medio de la mas desecha tempestad, á las siete de la mañana le lleva á uno el *stewart* su tasa de café al camarote; á las ocho y media se toca la campana para el almuerzo, y se sirve en profusion chuletas, pescado, beef-steak, huevos, carnes frias, té, café, leche, etc. Esta operacion dura hasta las diez generalmente; á las doce se sirve lo que llaman los ingleses *lunch*, y los españoles tente en pié, que consiste en sopa, queso, jamon, pasas, almendras y frutas de todas especies. El que quiere vino no tiene mas que pedir una tarjeta al criado, y escribe la clase que desea y su nombre. Al fin del viage se arreglan cuentas con el mayordomo. A las cuatro de la tarde se come, lo mismo que en un restaurador, de cuanto hay y

en abundancia ; á las siete de la noche el té con sus respectivas tostadas con manteca, biscochitos y dulce ; á las nueve la cena, y se sirve á discrecion lo que pida el pasajero ; en fin á las once de la noche refrescos, *punchs*, *groggs*, etc. Es un comer incesante, las ocho mesas se ponen y se despejan, se despejan y se vuelven á cubrir inmediatamente con manjares y viandas ; es una sola comida continuada desde que amanece hasta media noche. Por muy gastrónomo que uno sea se cansa al fin. ¿Pero qué hacer á bordo si no se come constantemente ? ¿Qué mejor ocupacion ? El pobre cocinero es la persona que padece, y realmente aturde como dá abasto á tanta comida, pues no es solo para el salon lo que él cocina, sino para los pasajeros de proa, oficiales, ingenieros y tripulacion.

Devorado por el cansancio é inercia no se sabe como distraer el tiempo : si se pone á leer, pronto se fastidia, nada de lo que se lee se graba ni agrada ; si uno se acuesta á dormir en el dia, á la noche no puede conciliar el sueño ; todas son pequeñas contrariedades que forman un grande aburrimiento. Algunos se la pasan jugando *whist* ó ajedrez ; otros fumando sin cesar ; algunos suelen hasta inventar juegos como el *bolo* que lo practican fuera á los costados del salon ; quienes, se la pasan preguntando todo el dia cuántas millas anda el buque ; quienes, apostando cuando se llega.

Yo por fortuna fuí acompañado en este viage de dos jóvenes granadinos, y por supuesto formamos nuestro circulito aparte de los demás pasajeros. Todos los dias nos situabamos en una especie de retrete en el centro del buque, nos sentábamos en un rincon, y allí disi-

pábamos la pereza y hastío hablando de la cara patria. Uno de ellos habíase hallado en la revolucion última, y yo por supuesto ya tenía tela que cortar, lo acabé á preguntas é informes minuciosos. Algunas veces nos reíamos con un inglés de unos treinta años de edad, estatura de unos siete piés lo ménos, con mas panza que malicia, la cara colorada como una remolacha, lampiño, el aire de niño, y con una vocetita equívoca, que parecia salirle del abdómen. Lo llamábamos el *gordito*, y con sus majaderias nos distraía. Otras, era un jóven que no sabíamos de que país era, pues no hablaba jamás, y tenía la mania de variar de trage á cada instante : por la mañana ántes de almuerzo subia á la cubierta en paños menores con unos calzoncillos bombachos, al medio dia se ponía de levita, á la comida de casaca, al anochecer un leviton de piel de oso con el cuello alzado, y por último se embozaba en una capa. Era un ente originalísimo. Otras ocasiones el tema de nuestras conversaciones era una americana que iba con sus padres; lo mas descocada y *effrontée* que se puede dar. La muchacha soltera en los Estados Unidos es la muger mas independiente y libre del mundo : ejerce sus derechos con el mismo desembarazo con que ejerce su imperio en la familia desde el momento en que se coloca sobre sus sienes la corona de azahares; pero aun cuando esto es muy bello, si se lleva al extremo desagrada, como sucedia con nuestra pasagera. Sus maneras eran audaces, sus modos impropios de una señorita : con todos los hombres se juntaba aun sin conocerlos; al primero que se le presentaba le hechaba garra por el brazo para que la paseara. Muger de unos veinte y ocho años. habia pasado, como quien

dice, la línea, y bajo la influencia de estas latitudes parecía resuelta á buscar marido á todo trance. Parece que lograra su objeto, pues ya en los últimos dias de la navegacion se hallaba partiendo de un confite con un francés comerciante que venia de Méjico, y segun apariencias este habia caído en sus redes.

Así pasamos diez dias llevando esta misma vida cuando al undécimo por la tarde ya nos hallábamos frente á las costas de Irlanda. A la comida, como última que se hacía á bordo, hubo multitud de brándis promovidos por el padre de la coqueta que fué quien rompió el fuego. Se brindó á la salud del capitan, de las señoras, de la reina, etc. Un inglés que habia hecho liga con uno de los granadinos brindó por la república de la Nueva Granada, por su prosperidad, etc. ¡Cuán raro parecía ver que hubiera alguno que en esta ocasion se acordará de la pobre patria! Otro granadino que estaba á mi lado, inmediatamente tomó la copa, y contestó en breves, pero bien dichas palabras. Siguieron brindando todos, y yo, por armonizar, tomé tambien la copa y brindé « por el triunfo de los ejércitos aliados de Crimea, por el triunfo de la libertad en el mundo! Al instante prorumpieron los entusiastas en *hurras! up, up, up!* gritaban por tres veces, y la comida se acabó en medio de la alegría y el contento. La sola vista de tierra habia llenado los ánimos de regocijo; y por la noche hasta canto tuvimos en la cubierta á la luz de una hermosísima luna.

Al dia siguiente muy temprano entrábamos en el Mersey, y terminábamos el viage. Habiamos llegado á Liverpool.